

“Simposio: Domingo Faustino Sarmiento doscientos años de legado.”. SAHE- UNSJ. Facultad de Filosofía, Humanidades y Artes/Universidad Nacional de San Juan, San Juan, 2011.

“Sarmiento, Educación Popular y quiméricos discursos sarmientinos.”.

Alvarez Gonzalo Sebastian.

Cita:

Alvarez Gonzalo Sebastian (2011). *“Sarmiento, Educación Popular y quiméricos discursos sarmientinos.”*. *“Simposio: Domingo Faustino Sarmiento doscientos años de legado.”*. SAHE- UNSJ. Facultad de Filosofía, Humanidades y Artes/Universidad Nacional de San Juan, San Juan.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/gonzalo.sebastian.lvarez/10>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pome/dD9>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite:
<https://www.aacademica.org>.

Apellido y Nombre del autor: Prof. Álvarez, Gonzalo Sebastián

Correo electrónico: geo.sebarez@gmail.com

Institución de procedencia: **Universidad Nacional de Salta**

Eje temático: **“La función utópica en Sarmiento”**

Título: **“Sarmiento, Educación Popular y quiméricos discursos sarmientinos.”**

Palabras clave: **Educación, Contexto, Educación Popular, Discursos, Derivaciones.**

Resumen:

Críticos a las banderas en favor y en contra que se han levantado y -hasta hoy flamean- sobre la figura, obra y pensamiento de Domingo Faustino Sarmiento en y con la Educación, particularmente reflexiones propias de la Historia y Sociología de la Educación y del Sistema Educativo, explicitamos como objetivo en el presente texto reflexionar sobre ello, atendiendo al contexto socio- histórico y educativo de producción de su “acción educadora”, pues es solo con criterio histórico, rechazando tentadores presentismos, que podemos entender como en su debido momento, fue pionero. También, interpretar la relevancia de su obra, para las situaciones históricas, políticas y educativas que hoy nos demanda acción y compromiso con “lo popular” y “lo público” a nivel nacional e internacional, tanto en los campos disciplinares como en las políticas educativas.

Partimos de su obra “De la Educación Popular”, entendiendo a ésta como el punto de sistematización de un verdadero programa para la época de producción; democratizador para la sociedad, que se vio obstruido y, que hoy debiéramos hacer derivaciones más allá de la educación primaria (que llamó también “popular”, “nacional”, “común”), hacia los otros niveles del Sistema Educativo y fuera de él, combatiendo las barbaries de los civilizados discursos de quienes ven en la educación un mercado de norte a sur.

Sarmiento sí tiene quien le escriba¹:

¿Cómo le decimos a Sarmiento?, “provinciano en capital y porteño en las provincias”, “un Facundo que agarró pa’ los libros”, “burgués sin burguesía”, “maestro y padre del aula”, “el maestro de América”, “padre de la educación popular”, “padre de la escuela pública”, “uno de los abuelos de la nación”, “cuyano alborotador”.

Las anteriores, son expresiones que salen de algunos trabajos de historiadores y ensayistas interesados, en algún momento, por la figura y obra de Domingo Faustino Sarmiento (Galasso: 2003, Hamilton: 2007, Jauretche: 2008, Bravo: 1999, Weinberg 2005, entre otros). Apodar - como generalmente acostumbran a hacer los alumnos a sus maestros y no solo ellos - o calificar al “prócer” exaltando alguna acción, lugar o pensamiento, dice mucho o, por lo menos, dice más que, quienes refieren a él, como polémico, importante en nuestra historia, contradictorio, con enormes defectos y virtudes -entre otras-, porque, dado esto último, se deja marcada, la necesidad de tomar postura en lo polémico y explicitar los por qué de las valoraciones, sean para conmemorarlo, “defenestrarlo”, o visitar ideas, acciones, proyectos de aquel momento pensando en el que nos interpela y compromete.

La obra de Sarmiento lo trasciende, es decir, el sanjuanino mortal como todos los hombres tal cual dice el silogismo griego, deja de existir, pero asienta una marca, una huella. Ésta radica en su profunda labor intelectual a lo largo de su vida.

Con su fallecimiento, el pensamiento vivo del hombre queda como legado para la posterioridad. Ensayistas, intelectuales, políticos, divulgadores establecen discursos sarmientinos, es decir levantan banderas a favor o en contra. De este modo, el siglo XX fue terreno de intensos debates sobre la figura de Sarmiento, en que según con la óptica que se mire, se tomaba posición- de un modo bastante maniqueo en la mayoría de los casos-para colocarlo en el panteón de los héroes o para omitirlo de los discursos oficiales.

Nuestra historia da cuenta de ello, pues fue claro el revisionismo o el idealismo que se hizo sobre su figura y obra de acuerdo a las coyunturas políticas que imperaban en la Argentina.

Sarmiento- el hombre y sus circunstancias- nació, creció, se enamoró, escribió, peleó, presidió y muchas otras cosas, durante el siglo XIX, o sea, es producto de su tiempo.

Cualquier presentismo que se haya hecho en relación al multifacético hombre del Cuyo, como los voceros que con mala subjetividad creen hablar en nombre de él como si se tratara del más puro realismo; del mismo modo que quienes lo litigan como fiscales de las fuerzas del bien- apelando a descalificativos que son extemporáneos a su figura- deben ser tratados con cuidado.

Si bien como señalamos, la finitud de la vida extinguió su presencia mundana, cabe destacar como la reproducción total de su obra lo mantiene “vivo”, y no solo en los mundos de la academia y la política, pues el humor social lo tiene muy vigente en situaciones de cotidianeidad, en una reunión de amigos, en el taxi, el café o la mesa familiar. Allí también se habla sobre el hijo de doña Paula, y en general también se le prodigan epítetos benévolos al padre del aula o se lo vilipendia.

Hasta aquí entonces, a resumidas cuentas, vemos que la obra es resignificada, puesta en discusión, reinterpretada, reeditada hasta nuestros días. De esto se tratarían los discursos sarmientos, no de lo que dijo el sanjuanino sino de lo que dicen de su obra y por supuesto de su vida.

Sarmiento en su laberinto:

Mirando en retrospectiva el siglo XIX, muchos pensadores del siglo posterior afirmaron críticamente que las ideas que prevalecieron durante esa centuria eran simplemente “imitativas”ⁱⁱ. De esta manera, las nociones de orden y progreso vinculadas al positivismo y al liberalismo, eran una especie de trasplante pura que venía importada del viejo mundo.

En esa línea, la Teoría de la Dependencia, por ejemplo, denunciaba el pacto neocolonial en los recientemente emancipados países de Latinoamérica y la alienación de las clases dirigentes, ya que solamente eran receptoras de ideas allende los mares sin capacidad de pensar una “problemática latinoamericana”. En este aspecto, quisiéramos destacar que, si bien muchas de las representaciones de lo político y lo social en América Latina podía ser derivativas del pensamiento y la filosofía imperante en Europa, al momento de tener

contacto con el nuevo mundo sufrían una especie de mutación, es decir, no podemos pensar que se mantenían en estado puro, sino que se iban aggiornando al contexto local.

Ahora podemos preguntarnos por qué sucedía esto. Consideramos clave el rol que jugaban los intelectuales, ya que estos no se limitaban a estar en un estado de contemplación en que las ideas se mantenían en el plano de lo inteligible, pues en un amplio espectro eran intelectuales, políticos y militares al mismo tiempo, de tal modo, que las ideas que operaban en ellos eran resignificadas a raíz de las situaciones que vivían in situ en las nacientes repúblicas. Por consiguiente, sus propuestas y sus “bases” para la construcción de estados nacionales, debemos considerarlas como auténticas, independientemente de las influencias que puedan haber tenido desde el “centro”.

En relación a esto, quisiéramos agregar que las ideas que circulaban en la atmosfera Latinoamérica, ni en ese entonces ni ahora eran una totalidad dentro del ser. Ahora se preguntarán Ustedes a qué haremos referencia con esto. En primer lugar, que se debe ser cuidadoso en no caer en maximalismos, pues, plantear el pensamiento liberal y conservador en el siglo XIX nos sirve para entender sus principales características en el plano de la generalidad.

En segundo lugar, esas generalidades que mencionamos aparecen en las personas que participaron activamente en los campos de la política, la academia, la milicia, etc., de manera ecléctica. Un liberal lo era solo en algunas cosas y en otro conservador, del mismo modo que un conservador podía serlo desde el punto de vista político y social y ser completamente adherente al *laissez faire* de Adam Smith en lo económico.

Contrariamente a lo que se cree el liberalismo y el positivismo, no siempre iban de la mano. En algunos casos se complementaban, en otros se enfrentaban en el campo de lo político. La contradicción se ponía de manifiesto en cuanto a la organización que debía tener la sociedad, dado que, mientras los liberales abogaban por un esquema constitucionalista, los positivistas adherían a una política científica que se tornaba en autoritaria, eran los individuos selectos quienes estaban predestinados a poner en práctica un modelo de sociedad que estableciera un orden que finalmente derivara en alcanzar el progreso como estadio final de la humanidad.

Tal como señalamos anteriormente, estas nociones lejos de aparecer en ideas puras se contaminaban en el pleno sentido sartreano, se entremezclaban, produciendo fusiones que la mas de las veces, en vez de ser simples “imitaciones” a la europea, dieron lugar a la configuración de instituciones verdaderamente sui generis.

Es en este contexto que debemos entender a Sarmiento, al hombre, al estadista, al educador, al militar, al intelectual. Según Charles Hale, *“la influencia positivista se advierte en tres características generales de la teoría de la educación de esta era: primeramente, el énfasis en el aprendizaje enciclopédico de asignaturas colocadas en una jerarquía ordenada; en segundo lugar, el creciente sesgo favorable a lo científico y practico en contraposición a los estudios humanísticos y, en tercer lugar, la adhesión al secularismo y al control estatal.”* En relación a esto, dicho autor señala que *“el agente de la educación positivista en Argentina fue la Escuela Normal de Paraná creada en 1870 por el presidente Sarmiento. La escuela sobrepasó ampliamente el papel que debía desempeñar como institución provincial modélica para la preparación de maestros. Teniendo como maestros a inspirados pedagogos-filósofos tales como José María Torres, Pedro Scalabrini y Alfredo Ferreyra”* (Hale, Ch.: 2009: 5)

Por último, quisiéramos referir a la cuestión racial, tan asociada a la figura de Sarmiento. Como todo lo expuesto anteriormente, estas ideas de raza y evolución social, no nacen de manera aislada y por generación espontánea, sino por el contrario responde al clima de época, lo que llevo a muchos autores actuales a señalar el carácter eminentemente racista del siglo XIX. Es decir, el también llamado siglo de la ciencia, fue el que impuso formalismos para tratar de manera taxativa la cuestión de las “razas”.

En Domingo Faustino Sarmiento, las ideas sobre lo racial y su incidencia en el atraso, progreso y civilización estarán expresadas en su obra “Conflicto y armonías de las razas en América” (1883), que contribuirá a alimentar la dicotomía, “civilización y barbarie”, expresada en Facundo (1845), y en lo que refiere al caso de la educación popular, representara un componente determinante para establecer tipologías entre quienes podían ser educables de quienes no.

Sarmiento y lo popular de su proyecto educativo:

Una de las grandes controversias son las relaciones, que se pueden establecer entre Sarmiento y la Educación Popular, las referencias a él, como iniciador de la educación popular en Argentina, sus ideas para con la educación del pueblo.

Bibliografía sobre el tema hay a montones y provenientes de las variadas disciplinas, enfoques historiográficos, políticos, educativos y literarios. Pareciera ser que, quienes le adjudican a Sarmiento relación con la Educación Popular, antes que nada, se han dejado llevar por la nominación que le da a una de sus obras “De la Educación Popular”, publicada en 1849 y luego avanzan sobre cierta correspondencia o semejanza - respetando el momento de producción- entre educación popular y el proyecto de educación pública, elemental y común diagramado en la obra mencionada, adhiriendo o criticando.

Tal cual nos lo recuerda Weinberg, para la época, “...*su preocupación por el nivel primario era correcta, pues educación elemental y educación popular podrían considerarse por entonces poco menos que equivalentes.*” (Weinberg, G.: 1995: 41)

Así encontramos afirmaciones, en varios autores (Ghioldi: 1944, Weinberg: 1984, Puiggrós: 1996), adjudicando a Sarmiento el logro de haber sido el propulsor de la educación popular, recordando- nos a los críticos, que no se puede juzgar al hombre y a sus ideas por haber nacido y haber estado influenciado por la época, sin mayores recaudos de análisis sociológico, aun cuando muchos de sus argumentos, tienen que ver más con entender nuestra contemporaneidad que, la del tiempo de vida del sanjuanino.

Las afirmaciones, que ligan a Sarmiento con la Educación Popular convergen en explicitaciones como la siguiente, dirigiéndose a entender la educación popular, como sinónimo de, todo el pueblo debiera recibir educación, a su vez, asociando pueblo con masa, otorgándole a ésta atributos contrarios a la civilización.

Un “... *programa renovador sólo podía ser realizado por la escuela primaria a la que Sarmiento llamó, también, “escuela común”. Con profundo sentido revolucionario, propugnó una escuela abierta a todos, o sea, sin discriminación por causa de raza, de sexo, de condición económica, de rango social, de posición política o de creencia religiosa.*

Por ello fue, en el momento debido, pionero en la lucha por la enseñanza laica, es decir, sin dogmas religiosos ni segregaciones de igual origen...” (Bravo, F.: 1999)

Podríamos realizar una crítica a Félix Bravo (1999) en su afán de exaltar la labor educadora de Sarmiento, pero creemos que se advirtió. Entender a Sarmiento, como progresista y pionero, para el momento de producción, expresándolo en términos y exaltaciones de uso para la actualidad no resulta pertinente, pues recae en equívocos y lo exime de sus explícitas consideraciones sobre la raza, como también, quienes podían ser educables y quienes no. La cita, sí deja en claro la idea, que comparten quienes ven en Sarmiento al “padre de la educación popular”: escuela para todos, escuela para el pueblo, eje que no cuestionamos.

Habría que atender a una pregunta completamente despojada de sentido histórico -quizás- pero, válida para entender al hombre en su tiempo: ¿en qué medida, la instrucción primaria para el pueblo y alcanzar el progreso y la civilización por medio de la educación común, podría haber sido popular si la noción de pueblo en Sarmiento se encuentra plagada de calificativos negativos?

En una entrevista, que se le realiza a Pablo Pineau -que rescatamos como válida para responder al nuestro interrogante- (2001), expresa:

“...piensa siempre en formar al pueblo, que es lo que a él le importaba. La educación popular era, para él, la escuela primaria, donde deben ir todos, y la escuela normal cuya función es alimentar de docentes a la escuela primaria. La educación de elites se articulaba por otro lado, y a Sarmiento le va a importar muy poco. Este concepto de educación popular como pueblo que va a la escuela, como formación de la ciudadanía, está impregnada de una visión de pueblo fuertemente despreciativa, un pueblo a quien se le debe infundir una cantidad de saberes para que pueda actuarlos, pero que no porta una cultura previa. Y en caso de que sí los porten, esos saberes deben ser arrasados, eliminados. Esto era la Barbarie que debía ser vencida por la Civilización.” (Pineau, P.: 2001)

Concepción de pueblo, asentada en corrientes de pensamiento propias de la época, que definirán contornos de un adentro y un afuera. Para el caso de la educación popular, entendida -en Sarmiento-, como pueblo que va la escuela, borrará de tal concepción a determinados sectores, visibles pero despreciables para el progreso y la civilización. Fuerte impronta en los escritos de Sarmiento, que autores, como Norberto Galasso (2003), o Arturo Jauretche (2008), analizan y sintetizan, poniendo al personaje en cuestión y dando lugar a cuestionamientos de su figura y acción: ¿Bárbaro o Civilizado?

Breve, pero apuntando al eje, que es punto de referencia de los análisis críticos-revisionistas referidos a Sarmiento y a sus contemporáneos, Andrea Fraga (2008), expresa:

“Algunas ideas sobre la educación popular en Argentina comienzan a vislumbrarse con Domingo Faustino Sarmiento, quien sostenía que a la escuela primaria debían concurrir todos los niños sin excepción (claro que en esta época la expresión sin excepción no era acertada, ya que quedaban excluidos de este proyecto los indígenas y los gauchos), mientras que la educación de elite seguiría en otra dirección.” (Fraga, A.: 2008: 128)

Como ya fue explicitado en muchos escritos, inclusive por el mismo Sarmiento en varias de sus obras, la escuela primaria se consideró una herramienta clave para alcanzar el progreso y la civilización del pueblo. Esta idea, hoy se encuentra vigente, criticada a nivel discursivo, pero actual en cuanto a los objetivos de las políticas educativas y en determinados autores del campo de la educación, aunque los colores sean distintos. Son aquellos, que -en palabras de Tamarit (2004)- *“entienden que la escuela es la única que puede garantizar la educación del pueblo, lo hacen partiendo de la convicción de que la educación escolar posee un potencial transformador y que “la escuela cumpliría la parte que le corresponde en esa transformación, con la eficiencia, para garantizar a las clases populares, la adquisición de conocimientos que favorezcan su inserción en la dinámica más general del cambio”* (Mello, 1985: 255)” citado en (Tamarit, J.: 2004: 61)

Sarmiento en defensa de su proyecto de educación popular:

Dejemos de lado, por un momento, a nuestros contemporáneos y examinemos los argumentos del propio Sarmiento, en defensa o descripción de su proyecto de educación. Citamos un fragmento de su obra “Recuerdos de Provincia”, escrito durante su exilio en Chile (1850) pues, en ella recuerda en reiteradas oportunidades el valor que él mismo le otorgó a otro escrito, a saber: “De la Educación Popular”.

“Educación Popular. Este libro es aquel que más estimo. Cada página es el fruto de mi diligencia, recorriendo ciudades, hablando con hombres profesionales, reuniendo datos, consultando libros, estados i folletos, mirando i escuchando(...) La ciencia i la carrera de la enseñanza primaria me la he inventado yó, i en despecho de la indiferencia jeneral, he traído a la América del Sud el programa entero de la Educacion Popular. No sé qué crítico deploraba que no hubiese indicado los medios de hacer efectivas las observaciones i doctrinas en esta obra acumuladas. Una sola palabra bastaría a completarla i satisfacer este deseo. Denme patria, donde me sea dado obrar, i les prometo convertir en hechos cada sílaba, i eso en poquísimos años. A aquel libro con preferencia a cualquiera otro de los mios, apénas lejible para el comun de las jentes, confiara la guarda de mi nombre...”
(Sarmiento: 1850: 138/139)

Más claridad, que la de Sarmiento sobre su postura y entendimiento sobre educación popular en ese momento histórico no hay: la educación, como auxiliar poderoso para el progreso y civilización del pueblo, educación para la vida pública, un proyecto dirigido a crear y multiplicar lo que entonces no tenía antecedentes en nuestro territorio. También, sus equivalentes entre cultura y civilización, su admiración por lo foráneo, su lugar de pionero, sus respuestas –válidas hasta el día de hoy- a sus críticos y su lucidez en advertir conciencia de haber marcado la historia de nuestro territorio y organización político- social.

“La instrucción derramada con tenacidad, con profusión, con generalidad entre la clase trabajadora, sólo puede obviar a la insuperable dificultad que a los progresos de la industria oponen la incapacidad natural de nuestras gentes.” (Sarmiento: 1849:18)

En palabras de Puiggrós (1996), *“Sarmiento imaginaba un sistema educativo extenso, que llegara a todos los habitantes “educables”. Fue más osado que la Asociación de Mayo al no dejar “momentáneamente” al pueblo analfabeto fuera del juego político, sino que lo dividió en educables y no educables, en forma definitiva”* (Puiggrós: 1996: 28), donde el factor racial fue determinante en la división, como en muchos de sus coetáneos.

Recordando a Sarmiento, cuestionando a los “sarmientudos”.

Algunos autores (Puiggrós, Pineau, Tamarit, Cucuzza, Vásquez, entre otros), quienes escriben para el campo de la Historia y Sociología de la Educación - particularmente - se han ocupado de trastocar la, llamada, “matriz sarmientina” distanciando la educación escolarizada y oficial de la educación popular. La mayoría se escusa enunciando la necesidad de aprehender el contexto histórico. Sin embargo, en sus “ensayos” incorporan categorías sociales, culturales, pedagógicas, políticas propias de las elaboraciones disciplinares del siglo XX para dar cuenta de porque la forma de educación propuesta por Sarmiento no puede ser entendida como Educación Popular, identificando esta última, como campo disciplinar y como producto de los movimientos sociales de sectores “contra” y “des” escolaristas en muchos de los casos. Valoramos estas críticas y respetamos mucho estas posturas siempre que, se entienda por “matriz sarmientina” algo diferente al pensamiento de Sarmiento, matizado por las circunstancias históricas, políticas, económicas y sociales, por los intereses y necesidades de determinados sectores. De lo contrario, pese a sus aclaraciones de consideración de contexto histórico, se incurriría en sojuzgamientos sobre algo constitutivo en la génesis de nuestra historia y educación o, lo que es peor instaurándonos distancias -una de las funciones claras de los discursos- en cuanto a la obra y autor, antes que acercarnos.

Si miramos con ojos del siglo XX el proyecto sarmientino, es indudable que resulta insuficiente para dar respuesta a las diversas problemáticas que surgieron durante este periodo. Es por ello, que consideramos una imprudencia los revisionismos que se limitan a la valoración de juicios, sin tener en cuenta la dimensión histórica, pues, ello implicaría simplemente sacar de contexto la obra de una persona, para contraponerlo a un proceso específico que se está viviendo en tiempo presente. De este modo, una singular coyuntura

de carácter político, que cuenta con su grupo de intelectuales, establece el viaje hacia el pasado a fin de ver si determinados individuos tienen correspondencia con la situación del ahora a fin de reivindicarlo o excomulgarlo de los salones de bronce.

En este sentido, quisiéramos destacar que los procesos sociales del corto siglo XX, tienen una dinámica propia, pues, los cambios que se produjeron de manera acelerada en diversos ámbitos de la actividad humana, le imprimieron características que transformaron de manera radical las sociedades como nunca antes había ocurrido en todo el globo terráqueo.

De este modo, realizar trasplantes de ideas no respetando la temporalidad en la cual se escribió una obra y en donde interactuó su autor, es poco menos que serio. Es por todo esto que consideramos que no podemos culparlo a Sarmiento por no haber podido establecer una Pedagogía de la Liberación, igual que a la inversa no podemos imaginar que Paulo Freire haya podido interactuar en el siglo XIX. Pensarlo es mero ejercicio intelectual estéril de conjeturas contrafacticas. O quizás no es estéril, pero si beneficioso para algunos, quienes, en palabras de Jauretche, deforman al prócer *“para hacerlo ismo. Juega entonces el interés de la capilla y los capellanes. Así como el locutor Julio Jorge Nelson es la viuda de Gardel, cada prócer tiene sus viudas que administran su memoria, cuidan su intangibilidad y cobran los dividendos que da el sucesorio. Quizás sea Sarmiento el que tenga más viudas por que hay en el personaje una especie de padrillismo supérstite como para permitir una multiplicada poligamia póstuma.”* (Jauretche, A: 2008: 15)

Utopías: qué había por construir hacia el siglo XIX, qué demanda el siglo XXI

Hacia 1849, no entrado aún en la segunda mitad del siglo XIX, Sarmiento en su obra “De la Educación Popular”, deja sentadas las características sobre las que irá a fundarse nuestro sistema educativo, las cuales se mantendrán hasta la actualidad.

Hacia el siglo XIX estaba por hacerse un modelo de educación pública, por aspirar a que gran cantidad de la población del territorio asistiera a las escuelas -se alfabetice, se escolarice-, se organice la educación en nuestro territorio, pensarse un currículo que homologue los saberes socialmente válidos en nuestro país, oficializar el ingreso de la mujer en la escuela, institucionalizar la carrera docente (femenina), adjudicar la

responsabilidad del financiamiento de la educación al Estado, comprometerlo por la educación de todo habitante en el territorio argentino, abogar por un sistema de financiamiento propio para las instituciones de educación, sentar las bases para, en prospectiva, la educación como derecho fundamental, como bien público y como necesidad de la nación, entre otras.

Estos pilares, de los que el propio sanjuanino fue consciente de haber sido pionero, no se los pueden desmerecer ni mucho menos reducir.

Trabajos en Sociología de la Educación al momento de tratar sobre la educación pública y la educación popular, parten explicitando que, en principio, no se debiera definir a la educación popular por su destinatario y con un criterio cuantitativo (Vásquez, A.: 2003). Otros agregan que, para avanzar en el análisis del difícil problema de la educación popular se debieran tener presentes temas como, los destinatarios de la educación, la definición de educación popular y la perspectiva ideológico- doctrinaria de la cual se parte, las prácticas pedagógicas que la harían posible, donde se tendrían que desarrollar dichas prácticas, etc. (Tamartit: 2004). Agregan que, no debe de confundirse en el análisis las polémicas entre educación pública y educación privada con las de educación pública y educación popular.

Estamos totalmente de acuerdo con los anteriores criterios, para lograr aprehender la complejidad de lo que se nomina como educación popular. Sin embargo, sería absurdo culpar a Sarmiento por no haber escrito su obra y desarrollado sus acciones basándose en ellos, entre otras cuestiones, por las ya mencionadas. Además, hemos de considerar, que para mediados del siglo XIX, el destinatario de la educación y el problema de cuantos recibían educación, era algo no solo fundamental sino también sin precedentes en nuestro territorio.

Por otro lado, los debates entre educación pública - educación privada y los de educación popular - educación pública, no estamos seguros hasta qué punto no van de la mano, cuando las arenas del debate están profundamente atravesadas por lo político y con ello, se definen no tan imaginarios adentros y afueras, incluidos y excluidos, escolarizados y no escolarizados, educables y no educables.

Como José Tamarit enunciara en uno de sus ya clásicos artículos:

“Admitimos que hay un principio de razón en quienes privilegian la escuela. Digamos que es una razón de números; en ella se encuentran los millones de niños y jóvenes, el pueblo. La presencia del pueblo no es, por supuesto, condición suficiente, pero si necesaria para encarar una educación popular. Nuestro razonamiento es simple: en el caso de los que optan por la “calle” y en la práctica rechazan el “aula”, decimos que la “utopía” consiste en ignorar que los millones de niños y jóvenes están en la escuela, y que “la política está donde están los millones de hombres. Por lo demás, no hallamos ninguna otra razón para rechazar la propuesta: participamos de los objetivos y pensamos que las experiencias que se desarrollan en este marco constituyen aportes valiosos, pero no resuelve el problema de la educación popular en la medida que el pueblo está “en otro lugar.” (Tamarit, J.: 2004: 62)

Tan cerca y tan lejos de Sarmiento

Hoy, nuevos problemas nos demandan acciones, sin que por ello (no lo vemos de otro modo), tengamos que dejar de reflexionar sobre la génesis de nuestro sistema de educación, en la que Sarmiento es nodal, ni mucho menos descuidar, desmerecer, desatender los logros, entre ellos la educación pública que pensamos, se vincula fuertemente con lo popular y el pueblo.

En este sentido, en las postrimerías del siglo XX asistimos al fenómeno de la escolarización masiva, es decir, las instituciones de educación pública, acogen a millones de niños y jóvenes en edad escolar. Sin embargo, en simultáneo, también, este proceso es acompañado por una continua pauperización social, que la implementación de políticas educativas de extensión de la obligatoriedad escolar, parecen contribuir a ensanchar la brecha entre quienes forman parte “de” y quienes no. Con ello, decimos incremento de la pobreza, la desigualdad, formas de marginación y exclusión, que se traducen dentro de las propias instituciones de educación. Nunca como antes, la matrícula de escolaridad fue tan alta pero, nunca como antes la escolarización es acompañada con tantas formas de desigualdad social, cultural y económica dentro del sistema educativo.

En relación a esto, coincidimos con lo señalado por Emilio Tenti Fanfani (2004), respecto a que “*ésta nueva conjunción entre pobreza y exclusión social tiene que ver con las condiciones sociales del aprendizaje o la educabilidad* (Tenti Fanfani: 2004: 2). El aprendizaje no transcurre en el vacío, sino que, necesita de ciertas condiciones que lo social y pedagógico deben aportar al sujeto de educación.

En Sarmiento quedo manifiesta la división entre población educable y no educable con un criterio racial, biológico. Hoy, ese mismo discurso de la “educabilidad” está presente, no con tintes raciales, pero si, bajo determinismos sociales y culturales. Criticando el pensamiento de Sarmiento en cuanto a su propuesta educadora, irónicamente, descuidamos temas fundamentales que nos mantienen tan cerca de lo que lejos debiésemos estar hacia el presente siglo.

Honra y loor, gloria sin par para el grande entre los grandes, padre del aula, Sarmiento inmortal...

Bibliografía:

Bravo, F. H. (1999) *Domingo Faustino Sarmiento*. Revista trimestral de educación comparada, Paris, UNESCO: Oficina Internacional de Educación. Volumen XXIII, Nro. 3-4, 1993, paginas 808-821

Fraga, A. (2008) *La escuela pública como expresión de educación popular*. En publicación: Paulo Freire. Contribuciones para la pedagogía. Gadotti, Gómez, Mafra, Alencar (Comp.). CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires. Enero ISBN 978-987-1183-81-4

Galasso, N. (2003) *Sarmiento ¿Civilizado o Bárbaro?* Ed: Centro Cultural Enrique Santos Discepolo. Buenos Aires, Argentina.

Gentili, P. (2011) *Pedagogía de la igualdad. Ensayos contra la educación excluyente*. Editorial Siglo XXI Editores, Buenos Aires

Hale, CH. (2009) *Ideas políticas y sociales en América Latina 1870-1930*. En: Bethell, L. (Comp.) *Historia de América Latina*, tomo 8. Ed. Universidad de Cambrigde.

Jauretche, A. (2008) *Manual de zoncetas argentinas*. Obras completas volumen II. Editorial Corregidor, Buenos Aires, Argentina

O'Donnell; García Hamilton; Pigna. (2007) *Domingo Faustino Sarmiento*. En: *Historia Confidencial*. Editorial Planeta, Buenos Aires, Argentina

Pineau, P. (2001) *De sueños y pesadillas*. *Historia de la Educación Popular*. En: Revista La Educación en nuestras manos. N° 64. Julio- Agosto.

Puiggrós, A. (1984) *La educación popular en América Latina. Orígenes, polémicas y perspectivas*. Ediciones Nueva Imagen, impreso en México

Puiggrós, A. (1996) *Civilización o barbarie*. En: *Que paso en la educación Argentina desde la conquista hasta el menemismo*. Editorial Kapelusz, Buenos Aires

Rojas, R. (1983) *Educación al soberano* (Cap. IV). En: *El pensamiento vivo de Sarmiento*. Editorial Losada, Buenos Aires

Romero, J. L.; Romero, L. A. (1978) *El pensamiento conservador*. Ed. Biblioteca Ayacucho. Venezuela.

Sarmiento, D. F. (2005) *Facundo o civilización y barbarie*. Centro editor de cultura, Buenos Aires, Argentina.

Sarmiento, D. F. (1849) *De la Educación Popular*. Imprenta de Julio Belín i compañía (versión digital). Santiago, Chile.

Sarmiento, D. F. (1850) *Recuerdos de Provincia*. Imprenta de Julio Belín i compañía (versión digital). Santiago, Chile.

Sarmiento, D. F. (1883) *Conflicto y Armonías de las razas en América* (tomo primero). Editor: S. Ostwald. Imprenta de D. Tuñez, Perú 107, Buenos Aires, Argentina.

Tamarit, J. (1992) *Crisis y educación popular* (Cap. I) En: *Poder y educación popular*. Editorial Libros del Quirquincho, Buenos Aires, Argentina

Tamarit, J. (2004) *El dilema de la educación popular: entre la utopía y la resignación* (Cap. I) En: *Educación, conciencia práctica y ciudadanía*. Editorial Miño y Dávila, Buenos Aires

Tenti Fanfani, E. (2011) *La escuela y la cuestión social. Ensayos de sociología de la educación*. Editorial Siglo XXI Editores, Buenos Aires

Tenti Fanfani, E; Narodowsky, M; Baquero, R; Terigi, F. (2004) *Educabilidad en tiempos de crisis. Condiciones sociales y pedagógicas para el aprendizaje escolar*. En: *Novedades Educativas*, diciembre Nro. 168

Vázquez, S. (1992) *Cuando la educación pensaba en la revolución*. Cuadernos Sociales 2, Universidad Nacional de Lomas de Zamora.

Vázquez, S. (2003) *Matrices democrático-populares de la escuela pública*. Ed: Mimeo, Buenos Aires, Argentina.

Weinberg, G. (1995) *Modelos Educativos en la Historia de América Latina*. UNESCO CEPAL PUND. AZ editora.

Weinberg, G. (1998) *La ciencia y la idea de progreso en América Latina 1860- 1930*. Ed: Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, Argentina.

Zea, L. (1980) *Pensamiento positivista latinoamericano*. Dos tomos. Biblioteca Ayacucho, Venezuela.

Notas:

¹ Parodiando la obra de Gabriel García Márquez, “El coronel no tiene quien le escriba” escrita en 1961.